LA NARRATIVA INFANTIL DE JULIO C. DA ROSA

Heber Raviolo + grande
(Uruguay)

En relación al tema de la literatura infantil, un autor afirmaba que podían plantearse dos preguntas, casi rituales y de muy dudosa respuesta:

- 1) Si los autores han pretendido escribir para los niños; y
- 2) Si los niños los leen.

Y agregaba que, modernamente, con la introducción de la T.V., los niños parecerían estar cada vez menos dispuestos a aceptar una ficción infantil especialmente concebida para ellos, lo cual, de ser exacto, ponía en duda la existencia misma o la subsistencia de la literatura infantil como género o sector diferenciado.

Por supuesto, que, al ponernos a meditar sobre este tema chocamos de entrada con la dudosa existencia de algún tipo de lecturas que alguna vez hayan abarcado por igual las diferentes etapas de la niñez y la primera adolescencia. De ahí que la acuñación del término literatura infantil-juvenil, más que un sentido aclaratorio, tenga, nos parece, una intención abarcativa, nominativa, que incluye realidades literarias muy disímiles.

Cuando hablamos de niños, ¿hablamos estrictamente de niños o de jóvenes? La pregunta puede tener más pertinencia hoy que en el pasado; hoy, que vemos una maduración de prisa, televisión y otros factores -especialmente educativos y familiares- mediante, de lo que en otras épocas pudo ser el más o menos lento tránsito de la niñez a la juventud.

Sin duda, hay una serie de libros -a nivel universal o nacional- que hoy consideramos como verdaderos clásicos de esa literatura dedicada a los niños y a los jóvenes, obras que,

por lo general, han quedado fijadas en nuestras conciencias adultas como una especie de primer encuentro: con héroes arquetípicos, con aventuras soñadas, estimulantes de nuestros primeros impulsos vitales.

Resta por saber hasta qué punto, en un mundo que en el lapso de pocas décadas ha sufrido una especie de nueva revolución copernicana, esos títulos siguen vigentes para el niño y el joven de hoy. Es una pregunta que nos hacemos, más que una afirmación, pues ni nos consideramos ni somos especialistas en la materia. Pero, ateniéndonos a nuestra literatura infantil-juvenil, nos encontramos con algo muy evidente que, pensamos, algo puede tener que ver con esa sospecha: si hacemos un repaso de autores de primera línea que también hayan escrito para niños (proponiéndoselo o no), podemos citar a Rodó, Quiroga, Fernán Silva Valdés, José Pedro Bellán, Ipuche, Juana de Ibarbourou, Moroselli, Espínola, Alvaro Figueroa, Serafín J. García: todos anteriores a la generación del 45. Dentro de ésta encontramos un único nombre solitario: el de Julio C. da Rosa. Y a partir de él, casi ninguno de los escritores más importantes de las últimas promociones ha sentido la necesidad de escribir (o se le ha escapado sin proponérselo) una sola línea dedicada a los niños.

Ahora que hemos nombrado a nuestro hombre, después de estas disquisiciones un tanto erráticas, y antes de entrar definitivamente en tema, quisiéramos hacer dos aclaraciones:

1) Que en todo lo que acabamos de decir, hemos estado pensando esencialmente en la narrativa infantil-juvenil. El de la poesía es un tema aparte y de naturaleza bastante distinta, y distante, en el que no hemos de entrar, bajo pena de no terminar nunca con nuestras divagaciones.

2) Que en los últimos años parecería haberse producido un repunte en las publicaciones de relatos para niños, con nombres nuevos como el de Roy Berocay, o la incorporación de

autores de generaciones anteriores como es el caso de Esteban Staconv y, sobre todo, de Alberto Bocage, y aún la aparición de un club de libros para niños. Habrá que esperar para ver si el fenómeno de consolidada, se generaliza, y qué envergadura y significado tiene.

Cuando da Rosa, como solitario representante de su generación, publicó **Buscabichos**, en el año 1970, estaba recogiendo algunos de los relatos que, con el seudónimo de "Juancito de por allá", había estado publicando en el suplemento escolar del diario "El Día".

Recordamos que, con gran timidez, y pese a que éramos sus editores, no nos había dicho una palabra de esa nueva experiencia: escribir para niños. Pero cuando, un día, hojeando algo distraídamente uno de aquellos suplementos escolares, leímos tres o cuatro párrafos de **Juancito de por allá**, no nos quedó la menor duda de quién era el ingenuo que quería disimularse tras aquel seudónimo. Ni los diálogos, ni el ritmo y el armado de la frase, ni el vocabulario, ni las imágenes, podían ser de otro que de da Rosa. Y con esto estamos diciendo una cosa: que en cuanto a lenguaje y estilo, el de da Rosa que escribe para niños es esencialmente el mismo que escribe para adultos.

Bueno: cuando da Rosa cayó por la editorial lo interpelamos sobre ese supuesto **Juancito de por Allá**, y así nació **Buscabichos**.

Con **Buscabichos** da Rosa se convirtió de golpe en uno de los clásicos de nuestra literatura infantil. Desde el **Perico** de Morosoli no se daba un caso semejante. Pero antes de intentar analizar el por qué de ese éxito y las características de su estilo, queremos detenernos en una experiencia anterior, dos años anterior, que lo llevó a escribir lo que en algún sentido -sólo en algún sentido- está en las antípodas de un libro para niños: un libro para padres: **Ratos de Padre**.

De **El Principito** se ha dicho que es un falso libro para niños, equívoco que se acentúa por los dibujos del propio autor que lo acompaña.

De **Ratos de Padre** no podríamos decir lo mismo, porque ni lo acompañan dibujos engañosos, ni el autor, desde su introducción, da lugar a ningún tipo de ambigüedad:

"En cinco años -nos dice-, apenas tres meses con ellos (...) viéndolos, oyéndolos, sintiéndolos mis hijos. Recurrí entonces a estos recuerdos (...) Y me entregué al quehacer de su rescate, con la premura de quien se aprestara a salvar una imagen querida de la llamarada del tiempo. A lo largo de esa gozosa labor recreadora, tuve muchas veces la ilusión de volver a vivir más entrañables ratos de padre. Pero ya no: los había pedido para siempre".

Son palabras que nos llevan como de la mano a esta afirmación de un crítico francés con respecto a **El Principito**:

"Constituye el refugio de una determinada imagen de uno mismo y de la propia condición, imagen ideal y abstracta que va a encarnarse por un momento en la pureza de la infancia (...) Es un libro para adultos nostálgicos que temen crecer".

Si la nostalgia es el ingrediente definidor de **Ratos de Padre** y lo que lo hace inequívocamente un libro para adultos, a pesar de algunos pasajes, especialmente diálogos, que nos evocan, por su desnuda y directa eficacia, al Tom Sawyer de Mark Twain, cuando da Rosa enfoca el relato para niños deja a la nostalgia totalmente de lado, no sabemos si por decisión consciente o por puro instinto de escritor.

Los elementos son muy similares a los de **Ratos de Padre**: dos niños y un adulto -que puede ser el tío viejo, el padre o la madre- pero la nostalgia, aquel recuerdo de lo que añoramos como no vivido plenamente, deja paso a la pura vitalidad de esos niños desde cuyos ojos se ve el mundo de los adultos, al revés de lo que sucedía en **Ratos de Padre**.

En **Buscabichos** encontramos un estado de pureza algunos de los rasgos esenciales de la mejor narración infantil.

En primer lugar, el placer de escribir con la única finalidad de contar; el escritor es antes que nada un contador de cuentos y se pone incondicionalmente al servicio de la historia, más que de la reflexión, la introspección o la misma observación.

En segundo lugar, el escritor no se siente obligado a achicarse, ni a achicar su lenguaje. Las exigencias estilísticas no son inferiores a las de los mejores libros para adultos del autor.

En tercer lugar (aunque, a veces, aisladamente, aparezca alguna acotación de naturaleza ética o moral), el autor sortea airoso el didactismo, el "mensaje" para el cual el cuento puede llegar a ser un mero pretexto: su misión es contar, interesar, meter al lector de lleno en ese mundo tan real pero a la vez tan fantástico y maravilloso de la vida campesina que hoy puede llegar a resultarnos tan lejana como los viejos cuentos de hadas, ese mundo de niños y bichos en estado de naturaleza casi incontaminada, tan cercano, espacial y temporamente, pero al que los vertiginosos avances de la modernidad está volviendo, para nosotros, cada vez más remoto.

Es cierto, no aparece la aventura, salvo, en estado embrionario, en algún momento. Pero esta ausencia en general, no sólo en nuestra literatura infantil sino en nuestra literatura a secas, y sería un tema aparte el entrar a preguntarnos el por qué de esa ausencia.

En todo caso, lo que sí existe en **Buscabichos** es otro tipo de aventura, un tanto metafórica, si se quiere, si la comparamos con lo que canónicamente entendemos por aventura: robo o desaparición, búsqueda, pistas, prueba, desenmascaramiento, rescate. Esas aventuras que llenaron cierta etapa de la literatura juvenil, con nombres como los de Twain o Stevenson, y que hoy, en gran medida, están representadas por un tipo de literatura comercial para niños que suele moverse en torno a un esquema de tal simpleza que resulta paradójicamente inverosímil, pero sin que ello implique la aportación liberadora de lo maravilloso que

utilizaba el cuento popular que dio origen a tantos clásicos del relato infantil.

Si en **Buscabichos** existe aventura, es de otro tipo, indudablemente: es la aventura cotidiana del descubrimiento del mundo, de un mundo de pequeños seres elementales y de paisajes intocados, que el niño va haciendo suyos, modelándolos y modelándose con ellos. Todo el libro, en ese aspecto, es un maravilloso contrapunto entre esos dos pequeños seres civilizados, todavía en estado de ingenuidad natural, pero que ya sienten la atracción de hurgar, investigar, preguntar, y el incambiable pero inagotable mundo del bicherío, desde ratones y pájaros hasta ñandúes y capinchos, visto con el acierto de observación realista de que es capaz da Rosa, pero sin detenerse casi nunca más de unas breves líneas en la descripción o en el paisaje. Y si, en ocasiones, la vida y las costumbres de esos animales quedan resonando como un asomo de parábola de lo humano, no parece ser nunca por un propósito preconcebido del narrador sino como resultado, apenas insinuado, de su maravillosa habilidad de narrador de historias.

Como decíamos antes, pese a que en **Buscabichos** da Rosa se instala en un mundo cuya pérdida siempre le ha dolido (no sólo por aquello del lejano paraíso de la infancia, sino, tanto o más aun, por el alejamiento de aquellas formas de vida campesinas que ha tenido que afrontar como una fatalidad), pese a que todo ese material parecía, en sus manos, clamar por la nostalgia y por la elegía, da Rosa las evita y la rechaza, en una especie de respeto supremo por los destinatarios de esas historias.

Sin perjuicio de la hilación que da unidad a todos los relatos, cada uno de estos es un cuento cerrado, en algunas ocasiones, magistralmente, como es el caso, por ejemplo, de "El ratón Juancito". Las dos páginas de este relato son un cuento perfecto y el recurso con que lo cierra:

"Así, hasta que un día me sorprendí a mí mismo riéndome a carcajadas de oír a mi madre contarme este cuento"...